

Edwar Sapir

## DEFINICIÓN DEL LENGUAJE \*

El habla es un hecho tan familiar de la vida de todos los días, que raras veces nos preocupamos por definirla. El hombre la juzga tan natural como la facultad de caminar, y casi tan natural como la respiración. Pero sólo hace falta un instante de reflexión para convencernos de que esta “naturalidad” del habla es una impresión ilusoria. El proceso de adquisición del habla es, en realidad, algo totalmente distinto del proceso de aprender a caminar. En este último caso, la cultura - o, en otras palabras, el conjunto tradicional de hábitos sociales - no entra propiamente en juego. Cada niño está preparado, por el complejo conjunto de factores que llamamos herencia biológica, para realizar todas las adaptaciones musculares y nerviosas que producen el acto de caminar. Puede decirse, de hecho, que la misma conformación de los músculos y de las partes pertinentes del sistema nervioso está adaptada desde un principio a los movimientos que se hacen al caminar y al llevar a cabo actividades análogas. En sentido muy concreto, podemos decir que el ser humano normal está predestinado a caminar, no porque sus mayores lo ayudarán a aprender este arte, sino porque su organismo está preparado, desde el nacimiento, y aun desde el momento de la concepción, para realizar todos estos desgastes de energía nerviosa y todas esas adaptaciones musculares que dan origen al acto de caminar. Dicho sucintamente, el caminar es una función biológica inherente al hombre.

No así el lenguaje. Es claro, desde luego, que en cierto sentido el individuo está predestinado a hablar, pero esto se debe a la circunstancia de que ha nacido no sólo en medio de la naturaleza, sino también en el seno de una sociedad que está segura - y con toda razón - de hacerle adoptar sus tradiciones. Eliminemos la sociedad, y habrá todas las razones para creer que aprenderá a caminar, dando por supuesto que logre sobrevivir. Pero igualmente seguro es que nunca aprenderá a hablar, esto es, a comunicar ideas según el sistema tradicional de una sociedad determinada. O, si no, separemos al individuo recién nacido del ambiente social a que ha llegado y transplantémoslo a un ambiente totalmente distinto. Desarrollará el arte de caminar, en su nuevo medio, más o menos como lo hubiera desarrollado en el antiguo. Pero su habla será absolutamente diversa del habla de su ambiente primitivo. Así, pues, la facultad de caminar es una actividad humana general que no varía sino dentro de límites muy circunscritos, según los individuos. Su variabilidad es involuntaria y sin finalidad alguna. El habla es una actividad humana que varía sin límites precisos en los distintos grupos sociales, porque es una herencia puramente histórica del grupo, producto de un hábito social mantenido durante largo tiempo. Varía del mismo modo que varía todo esfuerzo creador, quizá no de manera tan consciente, pero en todo caso de modo tan verdadero como las religiones, las creencias, las costumbres y las artes de los diferentes pueblos. El caminar es una función orgánica, una función instintiva (aunque

no, por supuesto, un instinto en sí mismo); el habla es una función no instintiva, una función adquirida, “cultural”.

Existe un hecho que muy a menudo ha contribuido a impedir que se reconozca en el lenguaje un sistema puramente convencional de símbolos sonoros, un hecho que ha engañado a la mentalidad popular hasta el punto de hacer atribuir al habla una base instintiva que en realidad no posee. Nos referimos a la conocida observación de que, bajo el impulso de la emoción - por ejemplo, de un dolor agudo y repentino o de una alegría sin freno -, emitimos involuntariamente ciertos sonidos que quien los escucha interpreta como indicadores de la emoción misma. Pero hay una enorme diferencia entre esta expresión involuntaria del sentimiento y aquel tipo normal de comunicación de ideas que es el habla. La primera de esas expresiones es ciertamente instintiva, pero no simbólica; en otras palabras, el sonido emitido al sentir dolor o alegría no indica, en cuanto tal sonido, la emoción; no se pone a cierta distancia - digámoslo así - para anunciar que estamos sintiendo tal o cual emoción. Lo que hace es servir de expansión más o menos automática de la energía emocional; en cierto sentido, el sonido emitido entonces es parte integrante de la emoción misma. Más aún, esas exclamaciones instintivas no constituyen una comunicación en el sentido estricto de la palabra. No se dirigen a nadie; apenas se entreoyen - si acaso se oyen - como el ladrido de un perro, el ruido de pasos que se acercan o el silbido del viento. Si transmiten ciertas ideas al oyente, esto es sólo en el sentido muy general en que decimos que cualquier sonido, y aun cualquier fenómeno ocurrido a nuestro alrededor, transmite una idea a la mente que lo percibe. Si el involuntario grito de dolor que convencionalmente se representa con “¡ay!” se considera como un verdadero símbolo del habla, equivalente a una idea más o menos como ésta: ‘siento un fuerte dolor’, entonces será igualmente lícito interpretar la aparición de nubes como un símbolo equivalente, portador del mensaje concreto ‘es probable que llueva’. Sin embargo, una definición del lenguaje tan amplia que abarque cualquier modo de deducción pierde todo sentido.

No hay que cometer el error de identificar nuestras interjecciones convencionales (nuestro “¡oh!” y “¡ah!”, nuestro “¡chist!”) con los gritos instintivos en sí mismos. Esas interjecciones no son más que fijaciones convencionales de sonidos naturales. De ahí que difieran muchísimo en los diversos idiomas, de acuerdo con el genio fonético peculiar de cada uno de ellos. En cuanto tales, se las puede considerar como parte integrante del habla, en el sentido propiamente cultural de este término, puesto que no se identifican con los gritos instintivos en sí, tal como *cuckoo* y *killdeer*<sup>1</sup> no se identifican con el grito de los pájaros que esas voces designan, y tal como la música con que Rossini representa una tempestad en la obertura de Guillermo Tell no es en realidad una tempestad. En otras palabras, las interjecciones y palabras imitativas de sonidos del habla normal se relacionan con sus prototipos naturales del mismo modo como el arte, producto puramente social o cultural, se relaciona con la naturaleza. Podrá objetarse que, aunque las interjecciones difieren en cierta medida de una lengua a otra, presentan, sin embargo, semejanzas asombrosas y que, por lo tanto, se las puede considerar como emanadas de una base instintiva común. Pero el caso de las interjecciones no difiere en nada, pongamos por ejemplo, de las diversas formas nacionales de representación pictórica. Un cuadro japonés que represente una colina difiere de un cuadro moderno europeo que represente una colina muy semejante, y al mismo tiempo se le parece. Uno y otro se han inspirado en el mismo tipo de paisaje, y uno y otro lo “imitan”. Ni el uno ni el otro son exactamente la misma cosa que el paisaje, ni son, en sentido estricto, una continuación directa del paisaje natural. Si las

dos formas de representación no son idénticas es porque proceden de diferentes tradiciones históricas y se han ejecutado con distintas técnicas pictóricas. Del mismo modo, las interjecciones del idioma japonés y del idioma inglés proceden de un prototipo natural común, los gritos instintivos, y por lo tanto, de manera inevitable, se sugieren el uno al otro. Difieren a veces mucho, a veces poco, porque se han construido con materiales o técnicas históricamente diferentes: las tradiciones lingüísticas respectivas, los sistemas fonéticos y los hábitos de lenguaje de cada uno de los dos pueblos. Sin embargo, los gritos instintivos, en cuanto tales, son prácticamente idénticos en toda la humanidad, del mismo modo como el esqueleto humano o el sistema nervioso son, desde cualquier punto de vista, un rasgo “fijo” del organismo humano, es decir, un rasgo que no varía sino de manera muy leve o “accidental”.

Las interjecciones se cuentan entre los elementos menos importantes del lenguaje. Su examen es provechoso principalmente porque se puede demostrar que aun esos sonidos, que todos convienen en considerar como los más cercanos a la expresión instintiva, sólo tienen naturaleza instintiva en un sentido superficial. Así, pues, aunque fuera posible demostrar que el lenguaje todo se remonta, en sus fundamentos primordiales, históricos y psicológicos, a las interjecciones, no se seguiría de ello que el lenguaje sea una actividad instintiva. De hecho, todos los intentos de explicar de esa manera el origen del lenguaje han sido infructuosos. No existe una prueba tangible, ni histórica ni de ninguna otra especie, que demuestre que el conjunto de los elementos del habla y de los procedimientos lingüísticos ha surgido de las interjecciones. Estas constituyen una parte muy reducida y funcionalmente insignificante del vocabulario de los diversos idiomas; en ninguna época y en ninguna provincia lingüística de que tengamos noticia podemos observar una tendencia notable a convertir las interjecciones en urdimbre inicial del lenguaje. En el mejor de los casos, no pasan de ser la orla decorativa de un amplio y complicado tejido.

Si esto puede decirse de las interjecciones, con mayor razón cabe decirlo de las palabras onomatopéyicas. Palabras como *whippoorwill*<sup>2</sup>, *to mew* [‘maullar’], *to caw* [‘graznar’] no son de ninguna manera sonidos naturales que el hombre haya reproducido instintiva y automáticamente. Son creaciones del espíritu humano, vuelos de la fantasía, en el mismo sentido en que lo es cualquier otro elemento del lenguaje. No brotan directamente de la naturaleza; son sugeridos por ella y juegan con ella. Así, pues, la teoría onomatopéyica del origen del lenguaje, la teoría que explica todo lenguaje como gradual evolución de sonidos de carácter imitativo, nos deja tan lejos del plano instintivo como el lenguaje en su forma actual. En cuanto a la teoría misma, no es más digna de fe que la teoría paralela del origen interjeccional. De muchas palabras que ahora no nos parecen onomatopéyicas se puede demostrar, es cierto, que en otro tiempo han tenido una forma fonética en que se ve que fueron originalmente imitaciones de sonidos naturales. Tal ocurre con la palabra inglesa *to laugh* [‘reír’]. Sin embargo, es del todo imposible demostrar - y ni siquiera parece intrínsecamente razonable suponerlo - que el aparato formal del lenguaje se derive de una fuente onomatopéyica; si algo proviene de ésta, será una parte ínfima de los elementos lingüísticos. Por más dispuestos que estemos, en principio, a considerar como de importancia fundamental en las lenguas de los pueblos primitivos la imitación de sonidos naturales, la realidad es que estas lenguas no muestran una preferencia particular por las palabras imitativas. Entre los pueblos más primitivos de la América aborígena, las tribus athabaskas, en el río Mackenzie, hablan lenguas en que apenas hay palabras de ese tipo, o en que faltan por completo; y en cambio, lenguas tan refinadas como el inglés o el alemán

emplean a manos llenas las onomatopeyas. Este ejemplo revela qué escasa importancia tiene la simple imitación de los sonidos para la naturaleza esencial del habla.

Con esto ha quedado allanado el camino para dar una definición adecuada del lenguaje. El lenguaje es un método exclusivamente humano, y no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos de manera deliberada. Estos símbolos son ante todo auditivos, y son producidos por los llamados “órganos del habla”. No hay en el habla humana, en cuanto tal, una base instintiva apreciable, si bien es cierto que las expresiones instintivas y el ambiente natural pueden servir de estímulo para el desarrollo de tales o cuales elementos del habla, y que las tendencias instintivas, sean motoras o de otra especie, pueden dar a la expresión lingüística una extensión o un molde predeterminados. La comunicación, humana o animal (si acaso se puede llamar “comunicación”), producida por gritos involuntarios instintivos, nada tiene de lenguaje en el sentido en que nosotros lo entendemos.

Acabo de hablar de los “órganos del habla”, y podría parecer, a primera vista, que esto equivale a admitir que el habla misma constituye una actividad instintiva, biológicamente predeterminada. Pero no debemos dejarnos extraviar por esa simple expresión; no existen, en sentido estricto, órganos del habla; lo que hay, son sólo órganos que, de manera incidental, pueden servir para la producción de los sonidos del habla. Los pulmones, la laringe, el paladar, la nariz, la lengua, los dientes y los labios se emplean para ese objeto, pero no se les debe considerar como órganos primarios del habla, del mismo modo que los dedos no pueden considerarse como órganos esencialmente hechos para tocar el piano, ni las rodillas como órganos de la oración. El habla no es una actividad simple, realizada por uno o más órganos biológicamente adaptados para ese objeto. Es una red muy compleja y siempre cambiante de adaptaciones diversas - en el cerebro, en el sistema nervioso y en los órganos articulatorios y auditivos - que tiende a la deseada meta de la comunicación de ideas. Podemos decir que los pulmones se desarrollaron para llevar a cabo la función biológica indispensable que se conoce con el nombre de respiración; la nariz como órgano del olfato; los dientes como órganos útiles para triturar los alimentos y dejarlos listos para la digestión. Así, pues, si estos y otros órganos se emplean constantemente en el habla, es sólo porque cualquier órgano, desde el momento en que existe, y en la medida en que puede ser gobernado por la voluntad, es susceptible de una utilización para finalidades secundarias. Desde el punto de vista fisiológico, el habla es una función adyacente o, para decirlo con mayor exactitud, un grupo de funciones adyacentes. Aprovecha todos los servicios que puede de ciertos órganos y funciones, nerviosos y musculares, los cuales deben su origen y su existencia a finalidades muy distintas de las lingüísticas.

Es cierto que los psico-fisiólogos hablan de la localización de la palabra en el cerebro. Esto no puede significar otra cosa sino que los sonidos del habla están localizados en el centro auditivo del cerebro, o en una parte circunscrita de este centro, tal como están localizadas allí otras clases de sonidos; y que los procesos motores que intervienen en el habla (como son los movimientos de las cuerdas vocales en la laringe, los movimientos de la lengua necesarios para la pronunciación de las vocales, los movimientos de los labios necesarios para articular ciertas consonantes, y muchos otros) se encuentran localizados en los centros motores, exactamente como los demás impulsos de que dependen actividades motoras especiales. De la misma manera, en el centro visual del cerebro radica el comando de todos los procesos de reconocimiento visual que entran en juego en la lectura. Naturalmente, los puntos o grupos de puntos particulares de localización que se encuentran

en los diversos centros y que se refieren a un elemento cualquiera del lenguaje, están conectados en el cerebro por ramales de asociación, de tal manera que el aspecto exterior o psico-físico del lenguaje consiste en una vasta red de localizaciones asociadas en el cerebro y en los centros nerviosos secundarios; y, desde luego, las localizaciones auditivas son las más importantes de todas en lo que se refiere al lenguaje. Sin embargo, un sonido del habla localizado en el cerebro, aun cuando esté asociado con los movimientos particulares de los “órganos del habla” necesarios para producirlo, dista mucho todavía de constituir un elemento del lenguaje; es preciso, además, que se asocie con algún elemento o con algún grupo de elementos de la experiencia, por ejemplo con una imagen visual o una clase de imágenes visuales, o bien con una sensación de relación, antes de que adquiera un significado lingüístico, por rudimentario que sea. Este “elemento” de la experiencia es el contenido o “significado” de la unidad lingüística; los procesos cerebrales asociados con él, sean auditivos, motores o de otra naturaleza, y que sirven de respaldo inmediato al acto de pronunciar y al acto de escuchar el habla son simplemente un símbolo complejo de esos “significados”, o un signo que los expresa. De los “significados” volveremos a hablar más adelante. Así, pues, lo que vemos inmediatamente es que el lenguaje, en cuanto tal, no se encuentra localizado de manera definida, ni puede estarlo, pues consiste en una relación simbólica peculiar - fisiológicamente arbitraria - entre todos los posibles elementos de la consciencia por una parte, y por otra ciertos otros elementos particulares, localizados en los centros cerebrales y nerviosos, sean auditivos, motores o de otra naturaleza. Si se puede considerar el lenguaje como “localizado” de manera definida en el cerebro, es sólo en ese sentido general y sin mucho interés en que se puede decir que están “en el cerebro” todos los aspectos de la consciencia, todo interés humano y toda actividad humana. Por consiguiente, no tenemos más remedio que aceptar el lenguaje como un sistema funcional plenamente formado dentro de la constitución psíquica o “espiritual” del hombre. No podemos definirlo como una entidad en términos puramente psico-físicos, por más que la base psico-física sea esencial para su funcionamiento en el individuo.

Por supuesto que, desde el punto de vista del fisiólogo o del psicólogo, estamos haciendo una abstracción injustificable cuando así nos proponemos estudiar el tema del lenguaje sin una constante y explícita referencia a la base psico-física. No obstante, semejante abstracción es justificable. Podemos discurrir con buen provecho acerca de la intención, la forma y la historia del habla, de la misma manera, exactamente, como discurrimos acerca de la naturaleza de cualquier otra fase de la cultura humana - el arte o la religión, por ejemplo -, esto es, como una entidad institucional o cultural, dejando a un lado los mecanismos orgánicos y psicológicos por ser cosas obvias y sin interés para nuestro objeto. En consecuencia, debe quedar claro, de una vez por todas, que esta introducción al estudio del habla no se ocupa de esos aspectos de la fisiología y de la psicología fisiológica que están en los cimientos del lenguaje. No vamos a hacer el estudio de la génesis y el modo de obrar de un mecanismo concreto, sino una investigación acerca de la función y la forma de esos sistemas arbitrarios de simbolismo que conocemos con el nombre de idiomas.

Ya he indicado que la esencia del lenguaje consiste en el hecho de tomar sonidos convencionales, articulados de manera voluntaria, o sus equivalentes, como representantes de los diversos elementos de la experiencia. La palabra *house* [‘casa’] no es un hecho lingüístico si por él se entiende simplemente el efecto acústico que sobre el oído producen las consonantes y vocales que constituyen dicha palabra, pronunciadas en determinado orden; tampoco es un hecho lingüístico a causa de los procesos motores y de las

sensaciones táctiles que intervienen en la articulación de la palabra; ni a causa de la percepción visual por parte de quien escucha esa articulación; ni a causa de la percepción visual de la palabra *house* en una página manuscrita o impresa: ni a causa de los procesos motores y sensaciones táctiles que entran en juego para escribir la palabra; ni, finalmente, a causa de la memoria de alguna de estas experiencias o de todas ellas. La palabra *house* sólo es un hecho lingüístico cuando todas estas experiencias combinadas, y tal vez otras que no hemos mencionado, se asocian automáticamente con la imagen de una casa: entonces comienzan a adquirir la naturaleza de un símbolo, de una palabra, de un elemento del lenguaje. Pero no es suficiente todavía el simple hecho de semejante asociación. Puede ser que alguna vez oigamos una palabra cualquiera, proferida en una casa determinada en circunstancias tan impresionantes, que nunca, desde ese momento, vuelva a nuestra consciencia la imagen de la casa sin que al mismo tiempo se haga presente aquella palabra, y viceversa. Este tipo de asociación no constituye el lenguaje. La asociación a que nos referimos debe ser puramente simbólica: dicho de otra manera, la palabra debe denotar la imagen, debe rotularla, y no debe tener otra función que la de un paralelo suyo en otro plano, y a ese paralelo podemos acudir cada vez que sea necesario o conveniente. Semejante asociación, que es voluntaria y en un sentido arbitraria, exige un notable ejercicio de atención consciente, por lo menos en el comienzo, ya que el hábito no tarda en hacer esta asociación tan automática como muchas otras, y más rápida.

Pero quizá hemos avanzado con demasiada velocidad. Si el símbolo *house* - sea una experiencia o imagen auditiva, motora o visual - no se refiriera más que a la sola imagen de una casa determinada, vista en una sola ocasión, una crítica indulgente podría quizá darle el nombre de elemento del lenguaje; sin embargo, es evidente desde el principio que un lenguaje constituido en esa forma tendría un valor muy escaso, o nulo, para las finalidades de la comunicación. El mundo de nuestras experiencias necesita ser simplificado y generalizado enormemente para que sea posible llevar a cabo un inventario simbólico de todas nuestras experiencias de cosas y relaciones; y ese inventario es indispensable si queremos comunicar ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos rotuladores de nuestras experiencias tienen que asociarse, pues, con grupos enteros, con clases bien definidas de experiencia, y no propiamente con las experiencias aisladas en sí mismas. Sólo de esa manera es posible la comunicación; pues la experiencia aislada no radica más que en una consciencia individual y, hablando en términos estrictos, es incomunicable. Para que sea comunicada, necesita relacionarse con una categoría que la comunidad acepte tácitamente como una identidad. Así, la impresión particular que ha dejado en mí una casa determinada necesita identificarse con todas mis demás impresiones acerca de ella. Y además, mi memoria generalizada, o sea mi "noción" de esa casa debe fundirse con las nociones que se han formado acerca de la casa todos los individuos que la han visto. La experiencia particular que nos ha servido de punto de arranque se ha ensanchado ahora de tal manera, que puede abarcar todas las impresiones o imágenes posibles que acerca de la casa en cuestión se han formado o pueden formarse seres sensibles. Esta primera simplificación de la experiencia se encuentra en la base de gran número de elementos del habla, los llamados nombres propios, o palabras que designan individuos u objetos individuales. Es, en lo esencial, el mismo tipo de simplificación que constituye el fundamento o el material bruto de la historia y del arte. Pero no podemos contentarnos con este procedimiento de reducción de algo que, como la experiencia, es infinito. Debemos llegar hasta la médula de las cosas, debemos poner en un solo montón, de manera más o

menos arbitraria, masas enteras de experiencia, viendo en ellas un número bastante de semejanzas para que nos autoricen a consideradas idénticas (lo cual es erróneo, pero útil para nuestro objeto). Esta casa y aquella otra casa y miles de otros fenómenos de carácter análogo se aceptan así en cuanto tienen un número suficiente de rasgos comunes, a pesar de las grandes y palpables diferencias de detalle, y se clasifican bajo un mismo rótulo. En otras palabras, el elemento lingüístico *house* es, primordial y fundamentalmente, no el símbolo de una percepción aislada, ni siquiera de la noción de un objeto particular, sino de un “concepto”, o, dicho en otra forma, de una cómoda envoltura de pensamientos en la cual están encerradas miles de experiencias distintas y que es capaz de contener muchos otros miles. Si los elementos significantes aislados del habla son los símbolos de conceptos, el caudal efectivo del habla puede interpretarse como un registro de la fijación de estos conceptos en sus relaciones mutuas.

Muchas veces se ha planteado la cuestión de si sería posible el pensamiento sin el habla y también la cuestión de si el habla y el pensamiento no serán otra cosa que dos facetas de un mismo proceso psíquico. La cuestión es tanto más difícil cuanto que se la ha rodeado de un seto espinoso de equívocos. En primer lugar, conviene observar que, independientemente de si el pensamiento exige o no exige el simbolismo (es decir, el habla), el caudal mismo del lenguaje no siempre es un indicador de pensamiento. Hemos visto que el elemento lingüístico típico sirve de rótulo a un concepto. De ello no se sigue que los usos a que se destina el lenguaje sean siempre conceptuales, ni que lo sean de manera predominante. En la vida ordinaria no nos interesamos tanto por los conceptos en cuanto tales, sino más bien por particularidades concretas y relaciones determinadas. Por ejemplo, cuando digo *I had a good breakfast this morning* [‘me desayuné muy bien esta mañana’], es evidente que no estoy sintiendo las congojas de un pensamiento laborioso, y que lo que tengo que comunicar a quien me escucha no pasa de ser un recuerdo placentero, traducido simbólicamente siguiendo los carriles de una expresión habitual. Cada uno de los elementos de mi frase define un concepto separado, o una relación conceptual separada, o las dos cosas juntas, pero la frase en sí misma no tiene la menor significación conceptual. Es más o menos como si un dinamo capaz de generar una corriente eléctrica suficiente para mover un ascensor fuera utilizado casi exclusivamente para alimentar el timbre de una puerta. Y el paralelo es más sugestivo de lo que podría parecer a primera vista. Se puede considerar el lenguaje como un instrumento capaz de responder a una enorme serie de empleos psíquicos. Su corriente no sólo va fluyendo paralela a la de los contenidos internos de la consciencia, sino que fluye paralela a ella en niveles distintos, que abarcan desde el estado mental en que dominan imágenes particulares hasta el estado en que los conceptos abstractos y sus relaciones mutuas son los únicos en que se enfoca la atención, lo cual suele llamarse razonamiento. Así, pues, lo único constante que hay en el lenguaje es su forma externa; su significación interior, su valor o intensidad psíquicos varían en gran medida de acuerdo con la atención o con el interés del espíritu, y asimismo - ocioso es decirlo - de acuerdo con el desarrollo general de la inteligencia. Desde el punto de vista del lenguaje, el pensamiento se puede definir como el más elevado de los contenidos latentes o potenciales del habla, el contenido a que podemos llegar cuando nos esforzamos por adscribir a cada uno de los elementos del caudal lingüístico su pleno y absoluto valor conceptual. De aquí se sigue inmediatamente que el lenguaje y el pensamiento, en sentido estricto, no son coexistentes. A lo sumo, el lenguaje puede ser sólo la faceta exterior del pensamiento en el nivel más elevado, más generalizado, de la expresión simbólica. Para exponer nuestro

punto de vista de manera algo distinta, el lenguaje es, por su origen, una función pre-racional. Se esfuerza humildemente por elevarse hasta el pensamiento que está latente en sus clasificaciones y en sus formas y que en algunas ocasiones puede distinguirse en ellas; pero no es, como suele afirmarse con tanta ingenuidad, el rótulo final que se coloca sobre el pensamiento ya elaborado.

La mayor parte de las personas, cuando se les pregunta si pueden pensar sin necesidad de palabras, contestarán probablemente: “Sí, pero no me resulta fácil hacerlo. De todos modos, sé que es algo posible.” ¡De manera que el lenguaje vendría a ser simple ropaje! Pero ¿y si el lenguaje no fuera ese ropaje, sino más bien una ruta, un carril preparado? Es muy probable, en realidad, que el lenguaje sea un instrumento destinado originalmente a empleos inferiores al plano conceptual y que el pensamiento no haya surgido sino más tarde, como una interpretación refinada de su contenido. En otras palabras, el producto va creciendo al mismo tiempo que el instrumento, y quizá, en su génesis y en su práctica cotidiana, el pensamiento no sea concebible sin el lenguaje, de la misma manera que el razonamiento matemático no es practicable sin la palanca de un simbolismo matemático adecuado. Ciertamente nadie va a creer que hasta la más ardua proposición matemática depende estrechamente de un conjunto arbitrario de símbolos; pero es imposible suponer que la inteligencia humana sería capaz de concebir o de resolver semejante proposición sin la ayuda del simbolismo. Por lo que a él toca, el autor de este libro rechaza decididamente, como algo ilusorio, esa sensación que tantas personas creen experimentar, de que pueden pensar, y hasta razonar, sin necesidad de palabras. La ilusión se debe seguramente a una serie de factores. El más simple de ellos es la incapacidad de distinguir entre la imagen y el pensamiento. En realidad, tan pronto como nos esforzamos por poner una imagen en relación consciente con otra, vemos que, sin darnos cuenta, estamos formando un silencioso fluir de palabras. El pensamiento podrá ser un dominio natural, separado del dominio artificial del habla, pero en todo caso el habla viene a ser el único camino conocido para llegar hasta el pensamiento. La ilusoria sensación de que el hombre puede prescindir del lenguaje cuando piensa tiene otra fuente todavía más fecunda, que es la frecuentísima incapacidad de comprender que el lenguaje no es la misma cosa que su simbolismo auditivo. El simbolismo auditivo puede ser sustituido, pieza tras pieza, por un simbolismo motor o por un simbolismo visual (por ejemplo, muchas personas pueden leer en un sentido puramente visual, esto es, sin el vínculo intermediario de un flujo interno de imágenes auditivas que correspondan a las palabras impresas o manuscritas), o bien por algún otro tipo de comunicación, más sutil y huidizo y menos fácil de definir. Así, pues, la pretensión de que se puede pensar sin necesidad de palabras, simplemente porque uno no se da cuenta de la coexistencia de imágenes auditivas, dista mucho de ser válida. Podemos ir todavía más lejos, y sospechar que, en algunos casos, la expresión simbólica del pensamiento sigue su ruta fuera de los límites de la inteligencia consciente, de manera que la sensación de un flujo de pensamiento libre y extra-lingüístico se justifica relativamente (pero sólo relativamente) para cierto tipo de inteligencia. Desde el punto de vista psico-físico, esto viene a significar que los centros auditivos del cerebro o los centros visuales o motores equivalentes, junto con los apropiados conductos de asociación, que son los equivalentes cerebrales del habla, son afectados de manera tan imperceptible durante el proceso del pensamiento, que no alcanzan a subir al plano de la consciencia. Este sería un caso excepcional: el pensamiento cabalgando ligeramente sobre las crestas sumergidas del habla, en vez de trotar tranquilamente con ella, lado a lado. La psicología moderna nos ha



mostrado la tremenda actividad que el simbolismo realiza en el espíritu inconsciente. Por lo tanto, ahora es más fácil de comprender que hace veinte años <sup>3</sup> cómo el pensamiento más intangible puede ser tan sólo la correspondencia consciente de un simbolismo lingüístico inconsciente.

Digamos todavía dos palabras acerca de la relación entre lenguaje y pensamiento. El punto de vista que hemos venido desarrollando no excluye de ningún modo la posibilidad de que el desenvolvimiento del habla dependa en muy alto grado del desarrollo del pensamiento. Podemos dar por sentado que el lenguaje ha surgido pre-racionalmente - de qué manera concreta y en qué nivel preciso de actividad mental es algo que no sabemos -, pero no debemos imaginar que un sistema bien desarrollado de símbolos lingüísticos haya podido elaborarse con anterioridad a la génesis de conceptos claramente definidos y a la utilización de los conceptos, o sea el pensamiento. Lo que debemos imaginar es más bien que los procesos del pensamiento entraron en juego, como una especie de afloramiento psíquico, casi en los comienzos de la expresión lingüística, y que el concepto, una vez definido, influyó necesariamente en la vida de su símbolo lingüístico, estimulando así el desarrollo del lenguaje. Este complejo proceso de la interacción entre el lenguaje y el pensamiento no es imaginario: seguimos viendo positivamente cómo se efectúa ante nuestros ojos mismos. Si el instrumento hace posible el producto, el producto, a su vez, refina al instrumento. Al nacimiento de un concepto nuevo precede, invariablemente, un empleo más o menos restringido o extenso del viejo material lingüístico; el concepto no adquiere vida individual e independiente sino cuando ha encontrado una envoltura lingüística. En la mayor parte de los casos, el nuevo símbolo no es más que un objeto forjado a base de material lingüístico ya existente, según procedimientos elaborados por precedentes extraordinariamente despoéticos. Tan pronto como la palabra queda lista, sentimos de manera instintiva, con una especie de suspiro de alivio, que también el concepto está listo para que lo manejemos. Mientras no poseamos el símbolo, no podremos sentir que tenemos en las manos la llave capaz de abrir el conocimiento o la comprensión inmediata del concepto. ¿Acaso estaríamos tan prontos a morir por la “libertad”, a luchar por nuestros “ideales”, si las palabras mismas no estuvieran resonando dentro de nosotros? Y la palabra, como sabemos, no es sólo una llave; puede ser también una traba.

El lenguaje es, primordialmente, un sistema auditivo de símbolos. En cuanto es articulado, es también un sistema motor, pero el aspecto motor del habla es, con toda evidencia, algo secundario en relación con el aspecto auditivo. En los individuos normales, el impulso a hablar toma forma, primero, en la esfera de las imágenes auditivas, y de ahí se transmite a los nervios motores por los cuales se gobiernan los órganos del habla. Sin embargo, los procesos motores y las sensaciones motoras que los acompañan no son la culminación, el punto final de descanso. Son tan sólo un instrumento, una palanca mediante la cual se provoca la percepción auditiva, tanto en el hablante como en el oyente. La comunicación, o sea el objeto mismo del lenguaje, no se lleva a cabo satisfactoriamente sino cuando las percepciones auditivas del oyente se traducen a una adecuada e intencional serie de imágenes o de pensamientos, o de las dos cosas combinadas. Por consiguiente, el ciclo del lenguaje, en la medida en que se le puede considerar como un instrumento puramente externo, comienza y acaba en el terreno de los sonidos. La concordancia entre las imágenes auditivas iniciales y las percepciones auditivas finales es como la sanción o la garantía social del satisfactorio resultado del proceso. Como ya hemos visto, el desarrollo

típico de este proceso puede sufrir innumerables modificaciones o transferencias a sistemas equivalentes, sin perder por ello sus características formales esenciales.

La más importante de estas modificaciones es la abreviación que supone el proceso lingüístico durante el acto de pensar. Esta abreviación puede realizarse, indudablemente, en muchas formas, de acuerdo con las peculiaridades estructurales o funcionales de cada inteligencia. La forma menos modificada es esa que se llama “hablar consigo mismo” o “pensar en alta voz”. El hablante y el oyente se confunden entonces en una sola persona, la cual, por así decirlo, se comunica consigo misma. De mayor importancia es la forma, todavía más abreviada, en que los sonidos del habla no se articulan en absoluto. A ella pertenecen todas las variedades de lenguaje silencioso y de pensamiento normal. Así, los únicos que a veces reciben una excitación son los centros auditivos; o bien, el impulso hacia la expresión lingüística puede comunicarse igualmente a los nervios motores que están en conexión con los órganos de la palabra, pero queda inhibido, ya sea en los músculos de estos órganos, ya en algún punto de los mismos nervios motores; o, si no, los centros auditivos pueden quizá ser afectados de modo muy ligero, si acaso llegan a serlo, y entonces el proceso del habla se manifiesta directamente en la esfera motora. Además de éstos existen sin duda otros tipos de abreviación. La excitación de los nervios motores es muy frecuente en el habla silenciosa, de la cual no resulta ninguna articulación audible o visible; ese hecho se demuestra por la conocida experiencia de la fatiga de los órganos del habla, sobre todo de la laringe, después de una lectura particularmente estimulante, o tras una intensa meditación.

Todas las modificaciones consideradas hasta aquí están absolutamente conformes al proceso típico del habla normal. De gran interés y de suma importancia es la posibilidad de transferir el sistema todo de simbolismo del habla a términos distintos de los que supone el proceso típico. Este proceso, como hemos visto, es una cuestión de sonidos y de movimientos cuya finalidad es la producción de sonidos. El sentido de la vista no entra en juego. Pero supongamos que no sólo se oigan los sonidos articulados, sino que se vean las articulaciones mismas a medida que las va ejecutando el hablante. Es evidente entonces que, si uno puede adquirir un grado suficiente de destreza en la percepción de tales movimientos de los órganos del habla, queda abierto el camino para un nuevo tipo de simbolismo en que el sonido es reemplazado por la imagen visual de las articulaciones que corresponden al sonido. Este nuevo sistema no ofrece gran interés para la mayor parte de nosotros, porque ya estamos como encerrados dentro del sistema auditivo-motor; en el mejor de los casos, aquél sería simplemente una traducción imperfecta de éste, puesto que no todas las articulaciones son perceptibles para el ojo. Sin embargo, es muy bien conocido el excelente empleo que los sordomudos pueden hacer de la “lectura de los labios”, que resulta así un medio subsidiario de captar el habla. El más importante de todos los simbolismos lingüísticos visuales es, por supuesto, el de la palabra manuscrita o impresa, al cual, desde el punto de vista de las funciones motoras, corresponde toda la serie de movimientos exquisitamente coordinados cuyo resultado es la acción de escribir, a mano o a máquina, o cualquier otro método gráfico de representar el habla. En estos nuevos tipos de simbolismo, el rasgo que es esencialmente importante para nuestro reconocimiento, sin contar el hecho de que ya no son productos secundarios del habla normal en sí misma, es que dentro del sistema cada uno de los elementos (letra o palabra escrita) corresponde a un elemento determinado (sonido o grupo de sonidos o palabra pronunciada) del sistema primario. Así, pues, el lenguaje escrito equivale, punto por punto, a ese modo inicial que es

el lenguaje hablado. Las formas escritas son símbolos secundarios de las habladas - símbolos de símbolos -; y es tan estrecha la correspondencia, que no sólo en teoría, sino también en la práctica de ciertas personas acostumbradas a la lectura puramente visual, y tal vez en ciertos tipos de pensamiento, las formas escritas pueden sustituir del todo a las formas habladas. Sin embargo, es probable que las asociaciones auditivo-motoras estén siempre cuando menos latentes, esto es, que entren en juego de manera inconsciente. Aun aquellos que leen o piensan sin el más ligero empleo de imágenes sonoras, dependen, en última instancia, de esas imágenes. Están manejando simplemente el medio circulante, la moneda de los símbolos visuales, como un cómodo sustituto de las mercancías y servicios de los símbolos auditivos fundamentales.

Las posibilidades de transferencia lingüística son ilimitadas. Un ejemplo de todos conocido es el alfabeto morse empleado en el telégrafo, en el cual las letras del lenguaje escrito están representadas por una serie, convencionalmente establecida, de golpes más o menos largos. Aquí la transferencia se lleva a cabo a partir de la palabra escrita y no directamente a partir de los sonidos del lenguaje hablado. En otras palabras, la letra del código telegráfico es el símbolo del símbolo de un símbolo. Por supuesto que de ello no se sigue, en modo alguno, que, para llegar a comprender un mensaje telegráfico, el operador experimentado tenga necesidad de transponer una serie dada de golpecitos a una imagen visual a fin de captar su imagen auditiva normal. El método preciso de descifrar el lenguaje transmitido por vía telegráfica varía muchísimo, como es natural, de acuerdo con los individuos. Hasta es concebible, aunque no muy probable, que ciertos telegrafistas puedan llegar a tal grado de experiencia, que aprendan a pensar, sin más, bajo la forma de un simbolismo auditivo de golpeteo; esto no repugna, por lo menos en lo que se refiere a la parte estrictamente consciente del proceso de pensamiento; o bien, en el caso de telegrafistas dotados de una fuerte tendencia al simbolismo motor, es posible que piensen bajo la forma del simbolismo táctil que se desarrolla en la transmisión de mensajes telegráficos.

Hay todavía otro interesante grupo de transferencias: el de los diferentes lenguajes de señas, desarrollados para uso de los sordomudos, o de los monjes trapenses que han hecho voto de perpetuo silencio, o que suelen emplear las personas que pueden verse mutuamente, pero que están demasiado lejos entre sí para poder escucharse. Algunos de estos sistemas equivalen punto por punto al sistema normal del habla; otros, como el simbolismo de ademanes empleado por los militares o el lenguaje de señas que utilizan los indios de las llanuras en los Estados Unidos (lenguaje comprendido por tribus que hablan idiomas muy distintos), son transferencias imperfectas, que se limitan a expresar aquellos elementos rudimentarios del lenguaje que son un mínimo indispensable bajo circunstancias excepcionales. Se puede alegar que en estos últimos simbolismos - como también en otros simbolismos todavía más imperfectos, por ejemplo los empleados en el mar o en los bosques - el lenguaje ya no desempeña propiamente ningún papel, sino que las ideas se transmiten de manera directa por un proceso simbólico que nada tiene que ver con él, o por medio de un mimetismo cuasi-instintivo. Pero semejante interpretación sería errónea. La inteligibilidad de estos vagos simbolismos no puede deberse sino a su traslado automático y silencioso a los términos de un lenguaje mejor conformado.

De lo anterior tendremos que concluir que toda comunicación voluntaria de ideas, prescindiendo del habla normal, es una transferencia, directa o indirecta, del simbolismo típico del lenguaje hablado u oído, o que, cuando menos, supone la intervención de un

simbolismo auténticamente lingüístico. Es éste un hecho de suma importancia. Las imágenes auditivas y las imágenes motoras (relacionadas con las auditivas) que determinan la articulación de los sonidos, son la fuente histórica de todo lenguaje y de todo pensamiento; podrán ser muy apartados los atajos por los cuales sigamos este proceso, pero la conclusión será la misma. Y he aquí otro punto, de importancia mayor todavía. La facilidad con que el simbolismo lingüístico puede transferirse de un sentido a otro, de una técnica a otra, nos está indicando por sí sola que los sonidos del habla, en cuanto tales, no son el hecho esencial del lenguaje, sino que éste consiste más propiamente en la clasificación, en la fijación de formas y en el establecimiento de relaciones entre los conceptos. Repitémoslo una vez más: el lenguaje, en cuanto estructura, constituye en su cara interior el molde del pensamiento. Este lenguaje abstracto, y no propiamente los hechos físicos del habla, es lo que va a ocuparnos en nuestro estudio.

Entre los hechos generales relativos al lenguaje, no hay uno que nos impresione tanto como su universalidad. Podrá haber discusiones en cuanto a si las actividades que se realizan en una tribu determinada son merecedoras del nombre de religión o de arte, pero no tenemos noticias de un solo pueblo que carezca de lenguaje bien desarrollado. El más atrasado de los bosquimanos de Sudáfrica se expresa en las formas de un rico sistema simbólico que, en lo esencial, se puede comparar perfectamente con el habla de un francés culto. No hay para qué decir que los conceptos más abstractos no se hallan representados tan abundantemente, ni con mucho, en la lengua del salvaje; y ésta carece asimismo de esa riqueza de vocabulario y de esa exquisita matización de conceptos que caracterizan a las culturas más elevadas. Sin embargo, esta especie de desenvolvimiento lingüístico que va corriendo paralelamente al desarrollo histórico de la cultura, y que en sus etapas más avanzadas asociamos con la literatura, no pasa de ser algo superficial. La armazón básica del lenguaje, la constitución de un sistema fonético bien definido, la asociación concreta de los elementos lingüísticos con los conceptos y la capacidad de atender con eficacia a la expresión normal de cualquier clase de relaciones, todas estas cosas las encontramos perfeccionadas y sistematizadas rígidamente en cada uno de los idiomas que conocemos. Muchas lenguas primitivas poseen una riqueza de formas, una latente exuberancia de expresión que eclipsan cuantos recursos poseen los idiomas de la civilización moderna. Hasta en el simple terreno del inventario léxico de una lengua, el profano tiene que estar preparado para las más extrañas sorpresas. Las opiniones que suele tener la gente en cuanto a la extrema pobreza de expresión a que están condenadas las lenguas primitivas son puras fábulas. La increíble diversidad del habla es un hecho casi tan impresionante como su universalidad. Quienes hemos estudiado francés o alemán, o, mejor aún, latín o griego, sabemos en qué formas tan variadas puede expresarse un pensamiento. No obstante, las divergencias formales entre el plano inglés y el plano latino son relativamente desdeñables en comparación de lo que sabemos de moldes lingüísticos más exóticos. La universalidad y la diversidad del habla nos llevan a una deducción muy importante. Sin entrar en la cuestión de si todas las formas de habla se desprenden históricamente o no de una sola forma prístina, debemos convenir en que el lenguaje es una herencia antiquísima del género humano. Es dudoso que alguna otra posesión cultural del hombre, sea el arte de hacer brotar el fuego o el de tallar la piedra, pueda ufanarse de mayor antigüedad. Yo me inclino a creer que el lenguaje es anterior aun a las manifestaciones más rudimentarias de la cultura material, y que en realidad estas manifestaciones no se hicieron posibles, hablando

estrictamente, sino cuando el lenguaje, instrumento de la expresión y de la significación, hubo tomado alguna forma.

---

## Notas

1 [El cuckoo es el cuco o cuclillo; el killdeer es un ave norteamericana llamada así por “onomatopeya”; en el mismo caso están el tildío, pajarillo mexicano, y el benteveo, pajarillo argentino.]

2 [Especie de chotacabras norteamericano, cuyo nombre se debe a onomatopeya.]

3 [La primera edición de este libro es de 1921.]

---

\* Capítulo I de *El lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954 (original de 1921).